

él han pasado y pasan, se le ha dado y da entera fe y crédito judicial y extrajudicialmente. Fecho en Santafé, á veinte y nueve de Agosto de mil seiscientos y cincuenta y ocho años.

En testimonio de verdad,

Diego Agudelo Arias

En testimonio de verdad,

Nicolás Garzón

En testimonio de verdad,

Clemente Garzón

MIGUEL COSTA Y LLOBERA

En el fecundo renacimiento de la literatura catalana, que durmió un sueño de siglos desde la Edad Media hasta la época del Romanticismo, corresponde á *Mallorca*, la *isla dorada*, un lugar importante por haber producido, entre varios distinguidos ingenios, al poeta más puramente lírico con que hoy cuenta dicha literatura. Tal es el Presbítero D. Miguel Costa y Llobera. Con la circunstancia de que este joven escritor, tan amante de su literatura regional que le ha consagrado los mejores frutos de su talento, es no menos apasionado de la lengua castellana, la de la Patria grande, la que entiende y ama la mayor parte de los hijos de la familia española en ambos mundos. Algunas de sus más felices poesías han sido escritas por él en uno y otro idioma; y al lado de sus tres volúmenes de versos catalanes luce el tomo de *Liricas*, escrito todo él en castellano. Y es gloria no pequeña para Costa que, ocupando uno de los primeros puestos en la literatura de su país de origen, se haya hecho tan notorio en la castellana, que el insigne Valera, en sus últimos tiempos, le consideraba como el primero de los nuevos poetas españoles.

Costa es un verdadero *bardo*, tomando esta palabra en la significación de quien cultiva el arte por vocación instintiva y como la más alta de las atenciones temporales. Pero no es uno de aquellos poetas de espíritu bohemio,

que por cuanto cultivan el arte se creen libres de los demás lazos sociales y aun de la ley universal del trabajo. Costa goza de bienes de fortuna, y suyos son algunos de los sitios campestres más bellos de la isla privilegiada. Si hubiera querido, viviría hoy en medio de sibarítica holganza; pero, arrastrado por irresistible vocación, se dedicó al sacerdocio desde sus años juveniles, y con celo apostólico suele recorrer las poblaciones de la isla, predicando la palabra divina y subyugando á los oyentes con su inflamada elocuencia. Así pasa la vida, en la contemplación de una naturaleza maravillosamente bella, y á la cual sirven de marco las óndas azules del Mediterráneo, sirviendo á Dios y á los hombres y produciendo cantos de acendrada pureza, que ascienden al cielo con el aroma de las buenas obras. ¡Vida dichosa, digna de admiración y de envidia! Dios quiera no alterar su apacible curso, ni permitir que se enturbie el raudal purísimo de esa inspiración, tanto más sincera y auténtica cuanto más se recata la vena de donde brota!

Nada conocíamos de Miguel Costa, ni aun siquiera habíamos oído su nombre, cuando encontramos en el *Horacio en España*, de Menéndez y Pelayo, su oda al lírico latino, calificada por este gran crítico en los siguientes términos: "No temo decir que ni en Carducci ni en ningún otro de los neoclásicos italianos hay una oda sáfica más pura y acicalada que ésta." Grande elogio, y no inmerecido, porque al revés de la mayor parte de las composiciones que con pretensión de clásicas se han escrito en castellano en esa estrofa, y que no son sino *pastiches* de la poesía antigua y obra de humanistas más que de poetas, la oda de Costa rebosa en brío y calor juvenil, y sus estrofas vuelan, venciendo las dificultades métricas, al impulso de una inspiración legítimamente latina, que nos trae al recuerdo las aladas estrofas del canto á Horacio de Angelo Poliziano.

Pero esta Oda, á pesar de su espléndida contextura, no puede servir de símbolo de la poesía de Costa. Juzgándolo por esa sola producción, podría tomársele por un poeta

análogo á Carducci, enamorado de la belleza antigua; y tomando pie de esta analogía, podría suponerse que quizá pertenezca el poeta á esa clase de paganos redivivos que, con pretexto de restaurar la forma clásica, se esfuerzan por resucitar la concepción pagana de la vida, y piensan y sienten como los contemporáneos de Lucrecio ó de Horacio. Nuestro poeta es precisamente lo contrario; su afición decidida y razonada por el arte clásico no le podía ocultar el absurdo de los que pretenden vivir fuera de la atmósfera cristiana, como si no se hubiera efectuado la Redención del mundo. La imitación de la poesía neoclásica es en Costa puramente formal, y rarísima vez ocurre con posterioridad á la oda *A Horacio*, pues quizá no recordamos otros ejemplos que los sáficos *En las cascadas del Anio* y el *Adiós á Italia*, escrito en una combinación métrica que parece tomada de las *Odi barbare*; aunque el espíritu de dicha poesía sea enteramente opuesto al que anima esta obra, quizá la más original del poeta de Bolonia. Costa reúne en su musa los dos mundos: el antiguo y el cristiano. Parece un griego por la exquisita perfección de su arte; por la serenidad de la forma y el armonioso desarrollo del pensamiento; y se le tomaría también por un contemporáneo de Fray Luis de León y San Juan de la Cruz, por la ardiente efusión de su misticismo. ¡Ah!, nada más opuesto á la marmórea indiferencia de los modernos adoradores de la fuerza, y secuaces, por tanto, del paganismo sin entrañas, que la inspiración del vate mallorquín, quien ha simbolizado la poesía verdadera en el arco-iris, formado de gotas de lluvia y luz de sol; porque para él la inspiración más alta no brilla sino cuando se unen "las lágrimas de la vida al fulgor del ideal."

Publicó Costa su primer libro de versos en 1885: es un tomito bellamente impreso, de 126 páginas, que no alcanza á contener cuarenta composiciones. Pero allí está el poeta todo entero; allí está lo más selecto de su arte, lo más puro de su corazón. Bellas cosas ha producido después, pero nada que supere á las grandes piezas de aquel magní-

fico estreno. Sólo el fragmento épico *La deixa del geni grech*, inserto en su último libro, añade algo nuevo á su arte que, en sus primicias, no pasó de la efusión lírica. Pero en aquel *Aplech* de pocas páginas se pueden admirar todos los tonos de que es susceptible la lira de Costa. La primera composición, titulada *La vall*, pinta el retiro á donde acude el poeta á renovarse en las fuentes de la vida y á sentir el hálito del infinito: poesía de suavidad incomparable, de blandos toques descriptivos, en que el paisaje aparece idealizado por la interpretación mística de la naturaleza. Bien está esta poesía en el pórtico de la colección: el escenario armoniza con el carácter del cantor. Por su tendencia descriptiva y por simbolizar, en cierto modo, el amor al retiro, la afición contemplativa y la emoción mística de sus autores, se asemejan *La vall* y la *Vida descansada*, que es también la oda que encabeza la colección de Fray Luis de León. Ambas son poesías clásicas; ambas mezclan á la serenidad de la forma el dejo melancólico del que anhela por algo más alto que las bellas apariencias materiales; ambas tienen estrofas de música penetrante, que en vez de enervar el ánimo lo rehace y conforta, como el aroma del incienso que se aspira en el templo.

A la voz del viejo poeta que, pintando su retiro de *La Flecha*, inmortalizado también en *Los Nombres de Cristo*, exclama:

El aire el huerto orea,
Y ofrece mil olores al sentido;
Los árboles menea
Con un manso ruido
Que del oro y del cetro pone olvido,

responde, desde los campos de Pollensa, la lira del moderno cantor, con estos acentos:

Llavors s'axeca pura
La veu del rossinyol dins l'enramada,
Y l'aigua que murmura
Encants me conta d'una edat passada.

Alens d'altra existencia
Perfums de Paradís lo cor alcanza,
Maravellosa essencia
Que dona l' viu conhor y l'anyoransa (1)

Pero no todo en los dos poetas tiene este carácter idílico: á veces repercuten en los versos del uno las oleadas del mar de la vida; ó se revelan en los del otro el desfallecimiento, la aridez interior que suele afligir aun á las almas más privilegiadas. En la *Canción á Nuestra Señora*, de Fray Luis, podemos adivinar la lucha del grande agustino con sus mezquinos é implacables émulos; y nos conmueve trágicamente el grito supremo con que el naufrago, á punto de sucumbir, ruega á su Protectora que acuda en su auxilio, antes de que su barca "embista en dura roca." No ha pasado por este género de tormentas el poeta moderno; pero la vida espiritual tiene también sus alternativas; y al lado de las embriagueces místicas, hallamos el patético canto titulado *Defalliment*, de acento tan sinceramente doloroso que creemos se perciba aun en nuestra imperfecta traducción:

Cual va el cortejo doliente
De un muerto, pausadamente
Desfilando,
Así mis horas perdidas
También mudas, doloridas,
Van pasando.

(1) Estos versos, mal puestos en castellano, dicen así:

Entonces se alza pura
La voz del ruiñeñor en la enramada,
Y el agua que murmura
Encantos dice de la edad pasada.
Brisas de otra existencia,
Perfumes del Edén el pecho alcanza,
Maravillosa esencia
Que infunde al par consuelo y añoranza.

En su igualdad se confunden,
Hasta que al abismo se hundan
Sin rumor;
De allí surgirán un día
Para mostrarte, alma mía,
Su negror.

Natural es que sienta estos intervalos de sequedad un alma como la de Costa, enamorada de lo infinito; que entre las cosas creadas, prefiere la flor medio abierta, el niño que empieza á balbucir, la aurora que apenas apunta; todo lo que representa, no una realidad, sino una esperanza, porque "el valle del dolor no es mansión de cosa acabada," como concluye en la breve pieza titulada *¿Por qué?* Hay otra llamada *Marina*, profundamente sugestiva: el poeta debe haberse sentido retratado en ese marinero que *tot solet* en su nave, canta y boga, mirando la primera estrella en el fondo del cielo azul; y que avanza por el mar, sin temer á la noche ni á los peligros de las olas,

Y con la vista en la altura
Y de añoranza cantando,
Se va el marino, remando
Sobre la mar insegura.

Nadie sabe el fin del viaje, ni el resultado de la atrevida exploración; porque quizá no halla costas el que se aventura por los mares del misterio; el poeta apenas pregunta:

¿Quién sabe do irá la nave
Cuando huya la última estrella?

Entre las restantes poesías catalanas de Costa hay dos que, en géneros distintos, brillan en primera línea: *L'arpa* y *Lo Pi de Formentor*. La primera tiene algo de la balada romántica, algo de la vaguedad de la poesía alemana; la otra es una oda clásica por la eurytmia de sus partes, por la rapidez de las transiciones, y bíblica por la sublimidad de algunas de sus imágenes. Pero se aseme-

jan las dos piezas por su carácter simbólico. La Reina augusta que en *El Arpa*, llega al ruinoso castillo de sus mayores, y aunque derramando lágrimas, se sienta en el antiguo trono de oro, "con el recuerdo de la majestad pasada," parece encarnar á la antigua nacionalidad catalana; y la princesa que toma el arpa cubierta de polvo y le arranca sonos mágicos, que conmueven la abandonada mansión, es, seguramente, la poesía regional, renacida de entre el polvo de los muertos y que ha hecho estremecer con sus cánticos todos los corazones catalanes. La composición sólo tiene cuatro estrofas; pero vale por un poema. Bellamente descrito está el momento en que la Princesa toma el arpa abandonada.

El arpa era que en la edad de gloria
En el castillo y ante el Rey sonaba:
Hoy, bajo el polvo de sus muchas cuerdas,
Notas dormían de dulzura patria.
La joven tomó el arpa... y temblorosos
Los sonos, cual gemidos se escapaban,
Luégo rompen las notas en torrente,
Como honda pena que, llorando, estalla.

Haces de notas mágicas salían
De entre las manos de la niña blanca,
Cual los alados pájaros nacieron
De las manos purísimas del alba.
Inclinada, la Reina pensativa
Bebía el són de la armonía extraña.
Y por ratos hablaba como en sueños,
Y á sus hijos, ya muertos, invocaba.
Tarde era ya. La luna blanca y fría,
Su luz tranquila deslizó en la estancia;
Y nadie sabe, ¡oh Dios!, hasta qué hora
Duró vibrando el arpa.

Este final, de tan poética vaguedad, encierra un fondo de incertidumbre acerca de los futuros destinos del rena-

cimiento catalán, que Costa ha impulsado brillantemente con sus obras. ¿Cuánto tiempo se prolongará el són del arpa que han pulsado Verdaguer, Costa, Guimerá, Maragall y tantos otros ingenios? La desconfianza parece injustificada por parte de poeta tan celebrado. Para desvanecer toda niebla de incertidumbre y satisfacer así á sus sentimientos íntimos y quizá á la susceptibilidad patriótica de sus paisanos, escribió Costa y publicó en 1902, en el volumen *Tradicions y Fantasies*, una respuesta á la duda que sugiere el final de *El Arpa*. Pinta la renovación de la naturaleza, mediante el *Poder del Arpa* (así se titula la poesía): las piedras que servían de clave al monumento y que se habían convertido en pedazos, tornan nuevamente á ocupar su sitio; los campos brotan flores y “á la hora en que despiertan las campanas,” la tierra se ha convertido en un jardín; la Reina, desde el altísimo mirador, ve á lo lejos despertar los pueblos á la luz de la aurora, y

Cantos escucha y tráfigo festivo
Llegar de lejos al adusto umbral,
Y en lugar del nublado fugitivo,
Ve en el Oriente levantarse vivo
El astro matinal.

El Pino de Formentor, árbol secular que se levanta en uno de los lugares más poéticos de la isla, representa para Costa al genio que, en su inmenso desarrollo, toca con sus raíces las entrañas de la tierra, y lanza su cabellera por las alturas del cielo. Ese “viejo Profeta,” envuelto en su clámide de follaje siempre verde; á quien Dios ungió de aromas la frente consagrada, que apenas roza con su ala enorme el águila marina; y que ríe y canta orgulloso cuando la tempestad lo acomete, es representación adecuada de esos genios selváticos y solitarios, que arraigan en las alturas, y desde allí desafían las tempestades que contra ellos desatan las pasiones de los hombres: es Esquilo, es Isaías, es Dante, es Víctor Hugo; y para citar un nombre

que más de cerca interesa á nuestro autor, es Verdaguer, el tallador de los inmensos bloques graníticos de la *Atlántida* y del canto al Pirineo del *Canigó*. La oda de Costa es de las que han tenido la suerte de ser puestas en castellano por el propio autor; y aun cuando siempre nos parece más bella en catalán, porque nada reemplaza la impresión de la primera mano, que es visible en la creación artística como en la naturaleza primitiva debía descubrirse más fresca la huella de las manos de Dios; conserva, sin embargo, todos los rasgos salientes del original, y puede ser plenamente saboreada por los lectores castellanos.

Es fenómeno digno de notarse que la poesía catalana, fruto espontáneo de un pueblo que se distingue por el sentido práctico, por la afición al comercio y á la industria, presenta el misticismo como una de sus notas características. Místico es Verdaguer en sus *Idilios* y más aún en *Flors del Calvari*, donde el desasimiento de los bienes terrenales y la entrega completa del sér en manos de Dios, llegan á un grado admirable. Místico es también Costa, al modo de León, esto es, elevándose de la contemplación de la naturaleza al amor de la Hermosura infinita. Quizá haya en esta tendencia algo de atavismo, porque el más ilustre de los paisanos de Costa, el iluminado Doctor Raimundo Lulio, al propio tiempo que realizó en su persona uno de los tipos más ricos del hombre de acción, fue uno de los mayores místicos de su raza, y dejó en el *Cántico del amigo y del amado* que insertó en su *Blanquerna*, algo de lo más bello que tiene España en este riquísimo departamento de su literatura. Creemos que será grato á Costa el que finalicemos estas líneas uniendo su gloria de poeta á la del gran varón, que parece presidir á los destinos de la isla de Mallorca.

ANTONIO GOMEZ RESTREPO

Bogotá, Octubre de 1905.

CORRECCIÓN—En el artículo sobre las *Traducciones de Sully Prudhomme*, publicado en el número anterior de la

REVISTA, se deslizó una errata en la página 505, línea 3.^a, donde dice "otras ha acudido, quizá para facilitar la labor, al romance *endecasilabo*," debe leerse *romance octosilabo*.

El pino de Formentor

ELECTUS UT CEDRI

Hay en mi tierra un árbol que el corazón venera :
De cedro es su ramaje, de césped su verdor ;
Anida entre sus hojas perenne primavera
Y arrastra los turbiones que azotan la ribera,
Añoso luchador.

No asoma por sus ramos la flor enamorada
No va la fuentecilla sus plantas á besar ;
Mas báñase en aromas su frente consagrada ;
Y tiene por terreno la costa acantilada
Por fuente el hondo mar.

Al ver sobre las olas rayar la luz divina,
No escucha débil trino que al hombre da placer ;
El grito oye salvaje del águila marina,
O siente el ala enorme que el vendaval domina
Su copa estremecer.

Del limo de la tierra no toma vil sustento ;
Retuerce sus raíces en duro peñascal.
Bebe rocío y lluvias, radiosa luz y viento :
Y cual viejo profeta recibe el alimento
De efluvio celestial.
